



Batallar fuera de casa: mujeres de uniforme en la Primera Guerra Mundial

Battling out of the Home Front: Women in Uniform During World War One

Montserrat Huguet¹,@

¹Universidad Carlos III de Madrid. España.

@Autor/a de correspondencia: huguet@hum.uc3m.es

Resumen

En el otoño de 1914 las mujeres de los países occidentales dieron el paso de afrontar la guerra y tomar parte activa en ella. Lo hicieron a la manera diversa en que los seres humanos afrontan los problemas: en la difícil cotidianidad del que aguarda el regreso de los soldados, soportando todo el esfuerzo del sostenimiento familiar, o colaborando en los trabajos de producción para la vida civil y militar. Pero no pocas empujaron a los gobiernos para que les permitieran luchar dentro de los ejércitos, llevando los uniformes militares y mostrando los colores de la patria. Estas líneas están dedicadas a conformar su historia.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, mujeres, ejércitos.

Abstract

In the fall of 1914 western women began their way to cope with war taking an active part in it. They did it in the various ways human beings usually face problems: awaiting the return of the soldiers in the everyday difficulties, supporting all the works of family's needs, or helping in the country production work for the civil and military life. But also, not few women pushed governments to allow them fighting in armies, wearing military uniforms and showing the colors of their country. This text shows their history.

Keywords: First World War, women, armies.

INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial ha sido objeto de numerosas preguntas, la primera y más fundamental, la que aún sigue abierta pues las respuestas no terminan de convencer a los investigadores, es la de por qué querría suicidarse un continente próspero y hegemónico, el europeo, que gozaba de los beneficios que comporta estar en la cúspide del sistema mundial. En 1914 Europa era un continente con un largo siglo de paz a sus espaldas, en absoluto un logro desdeñable. Algunas naciones de Europa habían hecho las Revoluciones, todas ellas liderando un modelo de organización que por entonces se estimaba universal. La última gran guerra en el continente se había dado por cerrada en 1815 con la derrota del Imperio de Napoleón y el destierro del Emperador. A la gran cuestión inicial, cabe suponer respuestas del estilo de: se estaba produciendo un cambio de ciclo hegemónico y por ello mismo se expresaba, con la guerra, un ansia insatisfecha de poder absoluto por parte de las diferentes potencias del momento: Alemania, Rusia (McMeekin, 2011), Francia, Gran Bretaña, a la manera quizá en que había sucedido en los comienzos del siglo XIX y las guerras europeas de entonces.

No obstante, y porque casi nada que parezca claro en la historia lo es en realidad, las razones últimas que dan explicación a la llamada Gran Guerra del 14 (McMeekin, 2013), o si se prefiere, que ponen fin a la Gran Paz (MacMillan, 2013) de todo un siglo volcado en las transformaciones sociales y económicas, pueden ser rastreadas en la corriente profunda de la historia, aquella que conduce elementos más sutiles (Clark, 2012). El desencadenamiento de una catástrofe (Hastings, 2013) humana del calibre de la Primera Guerra Mundial se entiende -que no explica- en una oleada gigantesca de estupidez humana, en una ceguera casi general a propósito de la acción suicida. Y cómo no, al concatenado de arrogancias masculinas dispuestas sobre la mesa de operaciones militares como si de un tablero de juegos infantiles se tratara, cuyo coste fue, solo en vidas, la supresión de más de nueve millones de personas. Añadamos el precio de la ruina del territorio, del paisaje largamente elaborado, de la vegetación y los animales aniquilados, del patrimonio cultural y de las esperanzas, sobre todo de la confianza y del optimismo perdidos en una Europa que viviría las siguientes décadas instalada en el recelo.

Para la historiadora Margaret MacMillan, la guerra -así lo recoge el título de su obra- puso término a la Gran Paz, como he dicho, y ello porque los líderes y dirigentes de la época no midieron con sensatez la enorme debacle que iba a provocar sus masculinas decisiones, en la apuesta por las decisiones incorrectas y el uso y desarrollo de las tecnologías militares más punteras del momento. La historiadora aporta al clásico problema de los orígenes de la Gran Guerra una mirada cualitativa muy perspicaz que, sin la consolidación académica de los Estudios de Género, hubiera quizá pasado inadvertida. MacMillan habla por ejemplo de la crisis de la masculinidad a finales del siglo XIX, en plena era del darwinismo social, y de cómo la explosión varonil en cadena enturbió la visión de sus propios efectos pues, en la perspectiva de los políticos y mandos militares irritados por el jingoísmo y la arrogancia, la guerra habría de tener a lo sumo, como a menudo se ha recordado, la duración de una

corta fiebre del heno, agotándose en sí misma a los pocos meses de su comienzo, en el invierno de 1914.

Los oficiales que habían servido a los estados planes de guerra ineficaces para las condiciones dispuestas por el armamento moderno, no sabían ahora gestionar los campos de batalla: lugares hostiles y desconocidos por efecto de las nuevas armas (ametralladoras, gases venenosos o carros de combate...). La gran distancia que separaba las decisiones de los mandatarios -élites acomodadas en los usos liberales de finales del siglo XIX- y las consecuencias insospechadas de las tecnologías que manejaban -a refugio los dirigentes en las cancillerías o despachos oficiales- era una brecha insalvable cuando se trataba de dirigirse a la gente, o de enviar a los soldados a la batalla. Quienes luchaban en el frente y en las trincheras eran sobre todo obreros y campesinos, gente por lo habitual con escasos recursos y nulo patrimonio que, una vez pasada la fiebre nacionalista de los primeros días de combate, desconocían las razones por las que se veían obligados a abandonar a sus seres queridos en sus pueblos, dejándoles a menudo sin recursos para subsistir, para afrontar los peligros de la guerra en la retaguardia. Matar al enemigo sería enseguida una razón de escasa envergadura para abandonar el hogar e ir a la guerra, pues el enemigo, visto de cerca, envuelto en barro y piojos, era un clon de uno mismo, también al albur de los caprichos de la correspondiente élite nacional.

LAS OPCIONES DE LAS MUJERES ANTE LA GUERRA

Una vez hubo estallado la guerra, en todos los países que la declararon se iniciaron programas gubernamentales de propaganda para solicitar a la población el esfuerzo de guerra, además del reclutamiento de los soldados y la organización estatal para el sostenimiento de las familias. Con los hombres, cabezas de familia por lo general, fuera de casa, técnicamente el estado se hacía garante de la tutela y custodia de sus familias. Esta condición de Estado como tutor de las mujeres o de los niños no era nueva en los países occidentales. En los Estados Unidos, durante la Guerra Civil (1861-1865), la Confederación se había hecho cargo legalmente de las familias cuyos hombres iban al frente. Ahora el trabajo de las mujeres en todo este complejo entramado social que arropa la guerra adquiere tres componentes básicos: el doméstico, el voluntariado (sanitario y asistencial preferentemente) y, en algunos países, responsabilidades directas en el frente. Bajo la segunda y la tercera opción el trabajo de las mujeres fue objeto de algún tipo de remuneración.

Una pintura muy reveladora, fechada en 1862, obra del autor británico George Elgar Hick y que lleva por título *Woman's Mission. Comfort the Old Age*, expresa qué se esperaba de las mujeres todavía en el inicio de la guerra mundial medio siglo después. La mujer joven del cuadro, que va vestida con ricos ropajes de color crema y puntillas, vive en un ambiente cerrado e íntimamente confortable. Su actividad consiste en atender solícita a un caballero anciano que está sentado en una butaca envuelto en mantas. El hombre es viejo y parece agotado, como herido en lo más profundo. Tiene la mirada perdida pese a que la joven está inclinada a solo un palmo de su rostro. Ella sostiene con la mano izquierda un libro abierto sobre el brazo del sofá y con la otra una copa, posiblemente con algún licor o medicina que

procura darle al anciano sin que él la acepte. La joven mira al viejo con arrobamiento y amor, en tanto que el hombre la ignora, el pensamiento muy lejos de allí, la mirada perdida o quizá atisbando asuntos superiores a los cotidianos. El entorno en que transcurre la escena es femenino, los tonos suaves de las telas y tapices. Bajo el cuidado atento de la mujer, el hombre se ha vuelto también mujer: frágil y envuelto en ropas blandas que le arrebatan su condición masculina. Este es el territorio de ella, el asistencial, en el que se desenvuelve con plena soltura femenina.

La situación en agosto de 1914 es bien distinta. La mayoría de las mujeres europeas apoyaron el hecho de la guerra, si bien una minoría muy respetable era netamente antibelicista por razones de conciencia y seguramente por algo que hoy calificaríamos de mero sentido común. El anti patriotismo, que así se entendía la posición anti bélica, era una opción socialmente reprochable que muy pocas mujeres se atrevieron a manifestar. Las campañas de las pacifistas no tenían la mejor prensa en Gran Bretaña, donde eran tildadas de cobardes. Por otra parte, incluso reputadas feministas, como Adela y Christabel Pankhurst -no así Adela y Sylvia, pacifistas recalcitrantes-, entendían que la guerra iba a proporcionar a las mujeres oportunidades de salir de casa, al emplearse en las fábricas, en los transportes, en los arsenales de armas o en los muelles. Se estima que no menos de un millón de mujeres se adhirieron formalmente a la fuerza de trabajo entre los años 1914 y 1918. En Francia, muy pocas socialistas se oponían a la guerra. Para las feministas favorables a la guerra además, la justicia interna en las naciones habría de surgir precisamente de la interacción con el exterior, siendo la guerra un medio como otro cualquiera. El nacionalismo había calado también en ellas, entendiéndose que su función pública era la del cuidado de los heridos y del ya denominado frente doméstico o *Home Front*.

La guerra actualizó además un conjunto de situaciones que desbarataron los esquemas existentes a propósito de la moral y la sexualidad. En sociedades cuya supervivencia está en juego, los formalismos o la doble moral pierden cuerpo. La "fiebre de los uniformes" o *khaki fever* empujaba a las jóvenes -decían las crónicas británicas- en brazos de los soldados de uniforme, pues en las mitologías populares los muchachos inexpertos que dan la vida por la patria son antes arrastrados por las mujeres a la perdición del sexo. El incremento de niños ilegítimos en situaciones extremas rebajó forzosamente las exigencias morales de tiempos de paz. Durante la guerra en todos los países se multiplicaron los casos de mujeres desreguladas: solteras con hijos o adúlteras, a quienes se denomina por ejemplo *amateur girls*, mujeres estas británicas cuya promiscuidad sexual -forzosa o buscada- propalaba enfermedades venéreas y no solo en el frente sino también entre la población civil.

Este tipo de cuestiones preocupaba a los mandos porque la vulnerabilidad de las tropas no dependía solo de la metralla o los gases venenosos, sino también de las enfermedades extendidas al entrar en contacto los soldados con mujeres enfermas y contagiosas, que a su vez lo eran por tener sexo con soldados enfermos. De manera que, prácticamente tratadas como traidoras a la patria, las mujeres de moral dudosa llegarían a ser arrestadas y encarceladas para verificar su estado de "limpieza" antes de devolverlas a la calle o a los burdeles. Era llamativa la discriminación,

denunciada por las feministas y las sufragistas en el territorio de los ejércitos aliados de la Commonwealth, pues a los hombres no se les aplicaban las mencionadas normas destinadas a prevenir el contagio de las enfermedades venéreas (Harrison, 1995). La prostitución (Grayzel, 1997) -regularizada para frenar los contagios indeseados- dejaría de vincularse exclusivamente al placer o a la doble moral masculina de los inicios del siglo XX, pasando a cumplir ahora algunos requerimientos de índole patriótica. A la prostitución se aplicaría en tiempo de guerra una cierta comprensión permisiva, en atención sobre todo al reconocimiento de que las condiciones habían propiciado situaciones ambiguas que afectaban a muchas mujeres, tradicionalmente "decentes", desposeídas ahora de los medios de vida habituales (Figura 1).

La guerra fue pues un buen caldo de cultivo para la diversificación de los modos de entender el activismo femenino -la adquisición de derechos políticos y laborales-, en la práctica: el sufragismo, el pacifismo internacionalista (Huguet, 2015), o la militancia en partidos y sindicatos (Law, 1997). Lamentablemente fue la guerra y no otro proceso de la historia la que proyectaría a las mujeres hacia la escena histórica en hitos relevantes como las revoluciones socialistas y obreras en torno al 1917, al gestar las condiciones de un cambio social y cultural que dará como resultado el surgimiento de las bases del futuro estado del bienestar.

Sobre las mujeres que se quedaron en el Frente Doméstico, la mayoría, mucho se ha dicho y escrito (Grayzel, 1999). Su esfuerzo -de madres, enfermeras, y trabajadoras- merece la memoria y la historia que actualiza el reconocimiento de sacrificios colectivos y particulares (Figura 2).

A propósito de las que en cambio, superando la condición de trabajadoras en la retaguardia, llegaron al frente de la batalla, la historia ha sido más cicatera, guardado una mayor reserva por ser estas menos en número, o quizá porque la arrogancia varonil que -a juicio de la historiadora Margaret MacMillan- originó la guerra se mantuvo en pie tras su final, siendo incapaz la sociedad de ceder a las mujeres siquiera el lugar que merecían en los reconocimientos



Figura 1. Tarjeta dibujada por un soldado británico en 1918, anónimo.



Figura 2. Propaganda francesa referente a la función maternal de las mujeres en ausencia del esposo, en el frente.

oficiales de las naciones. Los memoriales a los héroes de la patria de las dos guerras mundiales son en todos los países lugares dedicados a la memoria de los soldados, que los compatriotas y sus mujeres cuidan y visitan, relegando la nómina de mujeres que -también de uniforme- murieron, como los datos indican, por su patria.

En conjunto, puede mirarse la Primera Guerra Mundial como una experiencia histórica en la que las mujeres afrontan un tipo de actividades dentro del campo de lo que se espera de ellas: la asistencia a los heridos; también otras nuevas, véase la lucha en la batalla. La guerra puede observarse incluso como una crisis u oportunidad en relación al desempeño de demandas ligadas a los derechos civiles o laborales. Como fuere, durante y tras la guerra las mujeres ganaron visibilidad y capacidades antes insospechadas, aunque también perdieron mucho. De entrada se quedaron solas. Para muchas, sus hijos, hermanos, maridos o amantes habían muerto y, con una pirámide de población desequilibrada, sus posibilidades de matrimonio o de formar una familia quedaban muy reducidas. Además, y este tema no es menor, su acceso a los trabajos que antes hacían los hombres seguía regulado por su sometimiento a la condición de ciudadanas dependientes, con salarios inferiores y prácticas de control tanto o más aviesas que las que se ejercía sobre los varones. La vida de las mujeres puede que fuese más libre tras la guerra, pero no por ello más fácil. Los prejuicios a propósito de su independencia como individuos con derechos civiles eran aún enormes, al tiempo que -en sociedades demográficamente descompensadas- se les exigía un mayor esfuerzo físico y anímico.

La lucha directa de las mujeres en las guerras contemporáneas estaría ligada por lo general a la defensa frente a las invasiones o a su faceta de revolucionarias. Piénsese en las milicianas españolas que en el verano del treinta y seis vistieron uniforme y empuñan un fusil, pero que son retiradas de inmediato del frente pese a estar al menos tan preparadas como la mayoría de los futuros combatientes republicanos varones. En la guerra de 1914 algunos estudios señalan que unas ochenta mil mujeres sirvieron uniformadas en los ejércitos, si bien no todas como combatientes (Burke, 2000), sí en el campo de batalla y sometidas a los peligros de la guerra. Había organizaciones de muy diversa índole para implicarse en la guerra. El CICR, Comité Internacional de la Cruz Roja, daba cobijo a muchas mujeres que no querían limitarse a una condición pasiva en la Guerra. Esta organización sería galardonada con el Nobel de la Paz en 1917, siendo Gustave Moynier su Presidente (Dunant, 1988: 353-395).

De entre las mujeres que participaron directamente en la guerra puede recordarse a la aviadora rusa Eugenie Mikhailovna Shakhovskaya, la primera mujer piloto, que voló en misiones de reconocimiento en el ejército del Zar en 1914; ya en 1917, el Gobierno Provisional de Rusia creó una formación de quince batallones compuesta solo por mujeres, que incluiría el Primer Batallón de la Muerte, comandado por Maria Bochkareva. Ellas fueron llamadas a luchar en la Ofensiva Kerensky contra las tropas alemanas. En los Estados Unidos en 1917 Loretta Perfectus Walsh fue una chica a la que se permitió servir en las fuerzas armadas estadounidenses (en la *US Navy Reserve*) en puestos no sanitarios. Loretta llegaría a ser oficial de la Marina, donde más de once mil

chicas llegaron a tener un status idéntico al de los hombres al final de la guerra.

El caso de Flora Sandes es uno de los más conocidos. Joven alistada voluntaria en el Cuerpo de Ambulancias de St John, vivió la crisis humanitaria de Serbia, donde se unió a la Cruz Roja (Figura 3).

Pero habiendo sido separada de su unidad durante la retirada a Albania, se incorporó a las filas de un regimiento serbio para así poder sobrevivir. A partir de ese momento, Flora se convierte en la primera mujer comisionada como oficial británica en el ejército serbio, y la única mujer que formaría parte de un listado de soldados durante la Primera Guerra Mundial. Promocionó como oficial y además fue herida por una granada de mano enemiga durante el avance serbio hacia Bitola (Monastir). Llegaría a capitán, condecorada con el más alto reconocimiento militar en Serbia: la estrella del Rey George. Sandes provenía del campo de la enfermería, formada y preparada a su vez para formar a otras, en la *Women's First Aid Yeomanry Corps* y en el servicio de ambulancias. Pero, a pesar de su destino en la retaguardia, se empeñó en actuar en el frente, como un soldado más, en medio del fuego cruzado, preparando los fusiles o atendiendo a los heridos en plena acción militar. No se trataba solo de actuar en calidad de soldado sino de ser tratada y reconocida como tal, insistiría Flora a la prensa cuando se le preguntaba al respecto. Disfrutaba -como ella aceptaría en las entrevistas que se le realizaron antes de fallecer a mediados de los años cincuenta- del fragor de la batalla, entre otros motivos porque la guerra le había dado ocasión de tomar contacto de una serie de formas de libertad insospechadas en época de paz (Miller, 2012). Algo que, en definitiva, también les sucedía a muchos hombres al abandonar la vida civil para afrontar las condiciones de la vida en el ejército (Figura 4).

Las mujeres -y en esto no eran distintas a los hombres- descubrían en esta nueva forma de vida la excitación ante el peligro, la aventura o la camaradería. Esta última faceta de la vida en el ejército especialmente, pues las chicas como Flora se sentían tratadas como iguales por los combatientes serbios. Puede imaginarse el impacto y la frustración que supuso para ella la vuelta a la vida civil al final de la guerra. En la paz, topó de nuevo con las restricciones que la sociedad imponía a las mujeres. De entrada -se queja- al desprenderse de la cómoda ropa militar y aunque la moda había cambiado,



Figura 3. Uniforme de enfermera británica. Museo de la Guerra, Londres.



Figura 4. Flora Sandes como Sargento Mayor. Postal.

la ropa femenina le restaba libertad de movimientos; echaba en falta además el contacto habitual con los hombres, con quienes había convivido durante años y de cuya compañía se veía ahora privada, pues la moral de pre guerra volvía a constreñir los hábitos cotidianos. Como tantos de ellos, que en la guerra adquirirían personalidades significativas, el verse privada de esta situación excepcional la devolvía a la anomia cotidiana y en cierto modo a la infelicidad.

Hubo en los países en guerra más historias como las de las jóvenes mencionadas, si bien hay que reconocer que fueron excepcionales, pues eran casi universales las trabas normativas para la participación directa de las mujeres en los combates. En el fondo, los impedimentos legales provenían de una percepción social contraria a que las mujeres empuñaran las armas y al hecho de que la mayoría de la gente las veía en las labores de enfermería o al frente de movimientos pacifistas. Según un opúsculo británico, firmado por *A Little Mother* y publicado en 1916, del que se vendieron unas setenta y cinco mil copias en una sola semana, las mujeres eran ideales para dar la vida pero no para quitarla, tarea esta propia de los varones. De los temas más tabú que podían contemplarse entonces estaba el de las mujeres carentes de instintos de protección. Campañas de este calado buscaban acallar las inquietudes de las chicas, que demandaban protagonismo público en las sociedades materialmente más avanzadas. Era necesario insistir en la delicadeza natural con que las chicas preservaban la vida: cuidaban a los heridos, propios y enemigos, como escribía en su ensayo, *Golden Lads* (1916), el autor británico Arthur Gleeson. Calmadas y pacientes, sensibles y abnegadas, las jóvenes, de acuerdo a lo que señalaba este autor, eran sobre todo inmunes al interés por el peligro, el ruido de las armas o el afán de lucha.

Además de los sectores más conservadores, tampoco las feministas europeas, especialmente allí donde el movimiento sufragista más se había desarrollado, véase en Gran Bretaña, querían que las jóvenes tomaran las armas. Lo cual se explica porque ambos, feministas y conservadores, veían en la implicación militar de las mujeres una incógnita y quizá el desencadenamiento de situaciones que podían descontrolarse. En aquellos días, muchas de las feministas británicas eran mujeres de clase media y hasta acomodada, ajenas al mundo real en el que, en la sordidez propia de la vida, se luchaba cotidianamente por la obtención de los recursos básicos. En los primeros años del nuevo siglo por ejemplo dos pintoras inglesas inconformistas viajaban a Francia procurando vivir con sus propios medios en un estilo que por entonces se calificaba de experimental o bohemio. Se llamaban Gwen Hohn y Dorelia McNeil y habían decidido educarse en artes en *Slade School of Art* desechando la *Royal Academy* por conservadora. Hohn y McNeil, magníficas pintoras, fueron un símbolo de cómo entendían en aquella época las mujeres su libertad: autosuficiencia económica y derecho a participar en la política.

De manera que, una cosa era solicitar el voto y vivir del trabajo personal y otra bien distinta hacerlo además en la senda de las obligaciones públicas que era lo que distinguía realmente a los varones. La obligación de morir por la patria no estaba en el horizonte de libertad al que aspiraban la mayoría de las feministas, pues muchas mantenían el argumento de equiparar el esfuerzo de los varones en la guerra al de las

mujeres en la maternidad. Este -en correspondencia con aquel- merecía, a juicio de estas feministas, que se les diese el voto a las mujeres. En realidad esta argumentación ha sido un eje conductor en la ideología que alentó las políticas de defensa nacionales contemporáneas, reacias -salvo excepciones tempranas en el siglo XX como la del Estado de Israel- a que las mujeres hiciesen el servicio militar. Se trataba de un argumento acomodaticio y complaciente con los intereses de los más reacios a la incorporación de las mujeres en la tropa y también de las feministas antimilitaristas, activistas desde el último tercio del XIX. Ellas no pedían la equiparación con los varones en el esfuerzo de la defensa de la patria sino por medio de la abolición de los ejércitos de reemplazo, o si se prefiere de la defensa de la patria en sí misma en los términos inventados por el ejército napoleónico.

A continuación se verán algunas circunstancias y casos de mujeres que, en diferentes ejércitos, participaron en la primera línea de la Gran Guerra. Quedarían por mencionar otros, igualmente interesantes, como los de las mujeres de uniforme en países como Australia, Nueva Zelanda o Canadá, implicadas también en el esfuerzo de guerra.

HEROÍNAS DE RUSIA Y DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Los países de Europa occidental, especialmente Gran Bretaña y los Estados Unidos, como se verá, permitieron cierta forma de integración uniformada de las mujeres, pretendiendo situarlas en zonas por lo general apartadas del peligro. En Rusia sin embargo, en el frente oriental, la presencia de las mujeres en combate fue fundamental y extraordinaria (Sowers, 2003), incluso en la creencia popular de que las mujeres no deberían tomar parte de ninguna manera en la lucha armada. María Bochkareva por ejemplo se puso al frente de una unidad de infantería durante el Gobierno Provisional de 1917. Su unidad, *El Batallón de la Muerte*, combatió en las líneas más adelantadas del frente (Shepherd, 1918: 5). En relación a la Batalla de Smorgon por ejemplo, Bochkareva creó una unidad de combate tan solo en seis semanas, las que tuvo para reclutar y adiestrar a las chicas antes de acceder al frente. Estas mujeres no tenían, a diferencia de los hombres, ninguna práctica de combate, pero salían de las trincheras para atacar a los alemanes y se adentraban en la zona de fuego hasta llegar a las líneas alemanas capturando prisioneros. Muchas de ellas serían condecoradas por su valor.

Cien años después de su acción, el Batallón de la Muerte sigue siendo objeto de admiración y de estudio en las escuelas militares de todo el mundo. En su época, para la sufragista Emmeline Pankhurst, Bochkareva fue la mujer más importante del siglo, opinión respaldada por muchas otras mujeres y hombres en épocas posteriores. Emmeline Pankhurst había estado en Rusia durante varios meses, en representación de Lloyd George, el Premier británico, con la intención de apoyar al Gobierno Provisional frente a los grupos y partidos extremistas como los bolcheviques. Visitaba asiduamente al Batallón de Bochkareva en su acuartelamiento y no se cansaba de alabar su acción, en la que veía además una expresión de avance para la causa del sufragio de las mujeres. Su argumento era contundente: qué nación seguiría negando el voto a las mujeres si estas

luchaban en el frente, como los hombres, por la patria. Bochkareva fue herida en más de una ocasión y se reintegró siempre a la primera línea de la batalla, destacando en su capacidad para la arenga y el liderazgo militar (Figura 5).

El éxito del Batallón movió a Kerensky a organizar otras unidades de combate compuestas solo por mujeres. Pero curiosamente, y a pesar de cuánto contribuyó Kerensky a la hora de ceder un espacio a las mujeres en el ejército ruso, nunca las menciona en sus memorias (Pipes, 1995). Pese a este vacío de la memoria política, se estima que entre cinco y seis mil mujeres rusas participaron en combates durante la Primera Guerra Mundial bajo el Gobierno Provisional. Tomaron parte por ejemplo en la defensa del Gobierno Provisional en el Palacio de Invierno de Petrogrado en noviembre de 1917 durante el asalto al mismo de los bolcheviques, a quienes hay que atribuir la disolución de las unidades militares de mujeres rusas para crear las suyas propias. Durante la Guerra Civil, 1918-1920, fueron 80.000 las mujeres que sirvieron como soldados en el Ejército Rojo contra el Ejército Blanco.

La historia ha visto en el caso de las soldados rusas y soviéticas un ejemplo excepcional, por su organización dentro del ejército, por su lucha cuerpo a cuerpo junto con los hombres, por su coraje y determinación en las acciones (Posner, 1917: 431). Y es que las condiciones de la época y las circunstancias eran cuanto menos desesperadas. La experiencias (Levine y Boschkareva, 1919) de los Batallones de mujeres rusas serían fuente de conocimiento para los ejércitos de todo el mundo pues -se ha relatado- que tras las fases iniciales de adecuación a la convivencia y, una vez organizados los protocolos para el respeto mutuo, la convivencia entre hombres y mujeres fue muy buena y los resultados militares eficientes.

En relación con los años que siguieron a la Guerra Mundial, en la Guerra Civil rusa, la literatura nos ha brindado ejemplos que sintetizan el caso de mujeres muy jóvenes que tomaban las armas y se ponían al mando de las tropas. Natasha Alexandrovna era una chica campesina y bella aunque un tanto andrógina y muy vigorosa, divorciada y de carácter pragmático, pero sobre todo vehemente con su conciencia de protagonismo histórico. Así nos la presenta Joseph Roth, en su relato *Fuga sin fin* (1927): “No quería

saber nada de su belleza, se rebelaba contra sí misma y consideraba su feminidad como una regresión a la visión burguesa del mundo, y a todo el género femenino como un residuo absurdo de un mundo caduco y agonizante. Ella era más valiente que todo el grupo de hombres con quienes luchaba”. El retrato nos remite a los carteles publicitarios de la URSS realizados por Rodchenko. La imponente Natascha guarda una innegable identidad “epocal”, hecha de guerra y heroísmo. Roth nos introduce en la confusión íntima de las primeras mujeres soldado de nuestro tiempo, que se debatían entre una identidad transmitida durante generaciones en el hogar y un sentido moderno del deber patriótico. Natasha se entrega a sus rutinas con ardor guerrero y no discrimina entre sus obligaciones personales y públicas, alimentando así en el observador la imagen de una ciudadana responsable a tiempo completo (Roth, 2009: 25).

Pero en la paz, cuando la vida cambia para todos, la mujer-soldado se adapta mejor que los antiguos soldados a la vida civil y hace uso de los métodos militares para poner orden en el caos postbélico. Natasha -el personaje de Roth- pasa a dirigir un hospital, lugar idóneo donde seguir manteniendo con sus camaradas los vínculos del compañerismo aprendidos en el ejército y a los que no quiere renunciar.

A ESTE LADO DEL ATLÁNTICO: LAS SHE-SOLDIERS BRITÁNICAS

Las mujeres británicas hicieron narrativa sobre su relación con la guerra y con la paz, también con las ventajas que la nueva situación les proporcionaba, pues temporalmente eran conscientes de haber adquirido libertad y responsabilidades sociales. Jeannie Maitland, escribió un texto reivindicativo de gran difusión: *Woman's Own*, y la gran Vera Brittain reaccionaba públicamente con vivacidad ante la propaganda y las directivas oficiales (Bostridge, 2014). Los géneros de estas escrituras de mujeres fueron diversos: poesía, diarios, historias cortas o novelas, memorias, o ensayos. Virginia Woolf, tal vez la más internacional, lideró un discurso pacifista diferenciado, en contestación a la propaganda masculina. En 1929 en *A Room of One's Own*, Virginia Woolf escribiría que las mujeres eran un magnífico espejo en el que los hombres se miraban porque su figura se agrandaba duplicando su tamaño, de manera que toda la gloria y heroicidad adquirida por ellos en las guerras habría quedado en nada de no haber sido por el espejo que la reflejaba. Las mujeres, en busca de su identidad pública (Oudit, 1994), quisieron pensar que estaban adquiriendo poder, si bien no terminaban de saber cómo gestionarlo en su propio beneficio.

Es cierto que a lo largo de la historia muchas mujeres aportaron su función de espejo a los hombres que iban a la de guerra, sin atreverse a ser ellas mismas las que se observaban en él, vestidas con el uniforme militar. Por ello, en 1914 las mujeres uniformadas, incluso si no lo eran en calidad de combatientes, fueron toda una novedad. El uniforme facilitaba esta sensación de aventura y cambio. Algunas de las jóvenes que más se implicaron en la guerra tenían, como los chicos, auténticas ansias de una vida excitante, alejada de los lugares privados en que vivían las mujeres según la tradición decimonónica. Y puesto que habían pasado a realizar tareas duras, que antes recaían



Figura 5. Soldado rusa, desconocida.



Figura 6. Cartel propagandístico estadounidense.

en los varones, también ellas se desahogaban en los pubs locales bebiendo más alcohol del que acostumbraban con anterioridad. Los periódicos ingleses de la época se quejaban de que las mujeres no dejaban reservas de licor a los hombres, mostrándose además escandalizados por el libertinaje de sus hábitos. Pese a la hostil campaña de prensa contra las trabajadoras que bebían en los pubs, en muchas ciudades británicas las mujeres seguirían consumiendo todo el alcohol que sus maridos y hermanos no podían beber, y no solo en los pubs sino también en privado¹. Sin duda esta era una forma como otra cualquiera de afrontar los tabúes y las discriminaciones en razón del género, conscientes las mujeres -según escribía Peggy Scott para el Daily Mail (Scott, 1917)- de estar trastocando las relaciones sociales a propósito de su incursión en el trabajo.

Merece la pena además recordar que la propaganda oficial de aquellos años utilizaba la figura de las mujeres de uniforme militar -si bien con gesto poco marcial- para llamar a los varones a alistarse, por ejemplo en la marina estadounidense por ejemplo (Figura 6).

Los slogans al estilo del *National Service* o del *Women's Land Army*, pretendían impulsar preferentemente el esfuerzo de Guerra de las mujeres en el frente doméstico (Figura 7).



Figura 7. Mujeres reclutadas con uniforme de marine.

A pesar de todas las trabas impuestas a la acción directa de las mujeres en los combates de la Gran Guerra, ellas tuvieron ocasión de lucirse en los trabajos más diversos. Las necesidades del conflicto y su prolongación en el tiempo así lo requerían. La actualización de datos señala un incremento de actividad del 1751% de las británicas en la vida laboral adscrita al Servicio Civil y en un 376% el de las industrias del metal. La asignación de trabajos a las mujeres casadas dejó de ser sinónimo de discriminación o acarrear repercusiones sociales negativas. Las mujeres aprendieron rápidamente a afrontar trabajos nunca imaginados, manejando por ejemplo maquinaria pesada, distribuyendo carbón, extrayendo mineral en el subsuelo, como tele operadoras, conductoras, al frente del manejo de herramientas en las industrias de

guerra, y todo ello sin contar sus ocupaciones en las tareas civiles clásicas: en las granjas, los comercios, las industrias, etc En todos estos puestos lucían uniformes adecuados a cada trabajo (figura 8).



Figura 8. Fotograma. Mujeres trabajando en una fábrica de munición del Reino Unido. Museo Imperial de la Guerra, Londres.

Muchas de estas mujeres manejaban municiones -fueron fotografiadas y filmadas-, un trabajo obviamente muy peligroso por el que los hombres recibían un salario que doblaba el de ellas. En Silvertown, Londres, enero de 1917, una explosión mató -se estima pues los datos no son precisos debido a la censura en tiempo de guerra- a cerca de setenta trabajadoras e hirió a otras cuatrocientas. Ahora usaban monos de tela ruda y pantalones, llegando a trabajar cien horas a la semana, en muchos casos lejos de los refugios a los que la población acudía cuando comenzaron a producirse las razias aéreas. La suma de las horas de trabajo de las mujeres durante aquellos años es incalculable, al igual que resulta impactante su capacidad para aprender de la nada oficios y tareas que antes ninguna había realizado. Podían tanto coser uniformes como manejar armamento o ensamblar piezas para los tanques. Tal fue la trascendencia de la faceta laboral de las mujeres en la guerra que en 1919 se dió la *Sex Disqualification Act*, una ley por la que se consideraba ilegal no emplear a una mujer por razón de su sexo. Sin duda no todas las industrias y empleadores acataron esta norma al pie de la letra pero el hecho regulador fue la consecuencia más visible de que la sociedad se hubiera habituado al trabajo femenino durante la guerra. Con todo, las mujeres cobraban y seguirían cobrando tras la guerra en torno a un cincuenta por ciento menos que los hombres, un aliciente sin duda para que los empresarios decidiesen contratarlas sin reservas.

1 <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2438142/The-ladies-spent-First-World-War-fighting--to-bar-Newspaper-archives-reveal-outrage-army-women-spent-conflict-pub.html#ixzz2ndEe2mZ4>. Consultado por última vez el 24-11-2015.

Los diferentes cuerpos de voluntarias en los servicios sanitarios lucían uniformes estrictamente militares. El *Scottish Women's Hospitals Unit* por ejemplo portaba un atuendo marcial sin reservas. A comienzos de 1917, se creaba el *Women's Auxiliary Army Corps*, con 12,000 mujeres desplazadas para el servicio, y a finales de aquel mismo año, el *Women's Royal Navy Service*, cuyas actividades no obstante eran solo terrestres. Finalmente, en 1918, se creó la *Women's Royal Air Force* en apoyo a la recientemente formada *Royal Air Force*. Cerca de 80.000 mujeres sirvieron en las tres organizaciones militares. Estas fuerzas de mujeres eran denominadas "no combatientes" (Goldman, 1982), lo cual no dice mucho de su tarea real, pues portaban armas en ocasiones y se entrenaban para el combate, como tantos hombres. Muchas mujeres resultaron buenas tiradoras -proliferaron las Asociaciones del Rifle de Mujeres- y además capaces de adiestrar ellas mismas a los hombres en el manejo de armas, si bien por lo general, en sus nuevas actividades las mujeres eran entrenadas por hombres en la reserva. Aunque cobraban siempre menos que los hombres, las mujeres se manifestaban recompensadas por el mero hecho de su acceso a la actividad pública.

Se dio el caso de una mujer que se alistó como soldado en el ejército británico haciéndose pasar por hombre. Se trataba de Dorothy Lawrence, una chica de veinte años, reportera muy ambiciosa que se unió en 1915 a la Compañía Tuneladora, adoptando el nombre de Denis Smith y siendo ayudada por varios jóvenes conocedores de la suplantación. Tras llevar tres días infiltrada en la tropa, Dorothy se entregó a las autoridades. Los mandos que la interrogaron llegaron a la conclusión de que se trataba de una *camp follower* o prostituta. Pero también hubo otros casos más dramáticos, como el de Edith Cavell, británica miembro de la Cruz Roja que fue ejecutada el 12 de octubre de 1915 por los alemanes acusada de haber ayudado a escapar a cientos de soldados de las fuerzas de la Entente en Bélgica (Souhami, 2010). Su labor de espionaje para el MI5 parece hoy demostrada.

A la mayoría de las mujeres, no alistadas directamente en la tropa, se les permitió el uso de armas para la defensa de sus hogares y familias en caso de ataque, constituyéndose el así llamado *Home Front* (Adie, 2013), germen de una estructura más desarrollada en la II Guerra Mundial. La revolución tecnológica durante la guerra, y con ella los bombardeos, trasladaban el campo de batalla a la retaguardia, los hogares, a las ciudades, las granjas... donde ya solo quedaban ex soldados tullidos, mujeres, ancianos y niños. Existía el frente militar, sin duda, pero se hacía ya obsoleta la concepción de una guerra que solo afectaba a los soldados y respetaba a los civiles. La guerra entraba directamente en las casas y las familias se preparaban para enfrentar al enemigo.

Dos prohombres de la época, Kitchener y Lord Roberts, habían creado *The Women's Defence Relief Corps*, cuerpo compuesto por dos divisiones: la Sección Civil, orientada a sustituir a los hombres en los empleos que iban abandonando para incorporarse a filas, y la *Semi-Military or Good-Citizen Section*, ahora sí una unidad en la que las mujeres eran reclutadas para las fuerzas armadas, y seguían adiestramiento militar con el fin de la autodefensa en el entorno inmediato o área civil. Como, y pese a los bombardeos directos sobre las poblaciones, Gran Bretaña no fue objeto de invasión, la autodefensa se hizo innecesaria. Inglaterra había organizado

a las *Queen Alexandra's Imperial Military Nursing Service (QAIMNS)* y a las *Queen Alexandra's Naval Army Nursing Service (QAANNS)* en 1902, en el final de la guerra de los Boers (1899-1902), que ahora, en la Gran Guerra, formaban a su vez a las enfermeras del servicio médico en los *Royal Army Medical Corps*. Con unas mil enfermeras al comienzo de la guerra, los mencionados cuerpos vieron incrementar su voluntariado hasta las diez mil durante la guerra, todas ellas lideradas por algunas veteranas como Ethel Hope Beecher, enfermera curtida en las batallas anteriores a esta guerra. Un red de hospitales nacionales -ubicados desde 1908 en instituciones públicas, como escuelas, oficinas públicas y hoteles- acogía el trabajo de las enfermeras en el territorio nacional. Era el *Territorial Force Nursing Service (TFNS)*, una organización tachada sin embargo de poco eficiente por activistas como Vera Britain (*Testament of Youth*, 1933).

Si las enfermeras tuvieron una buena acogida en la sociedad en guerra, tampoco costó mucho acostumbrarse a las conductoras de ambulancia, una auténtica novedad. Sin embargo, la instancia superior de la profesión sanitaria, la de los médicos, era reacia a militarizar a las mujeres médico. Elizabeth Blackwell, que había obtenido su título en la escuela de Medicina de Ginebra en 1848 y fue la primera mujer médico titulada en los Estados Unidos, o Sophia Jex-Blake, doctora desde 1877 por el Colegio de Médicos de Irlanda, tuvieron serias dificultades para poder aportar a la Guerra su conocimiento y habilidades. La enfermería era el límite tolerable socialmente para las mujeres. Ahora, a la Doctora Elsie Inglis, graduada por la Escuela de Medicina Femenina de Edimburgo, se le denegaba hacerse cargo de las unidades médicas en el frente. Y ello pese a que esta doctora había organizado un centro hospitalario para mujeres en Edimburgo, con la ayuda de la política feminista Violet Douglass-Pennant. Evelina Haverfield por su parte fundaría en 1914 un Cuerpo de emergencias femenino, llevando su esfuerzo de colaboración con Flora Sandes hasta Serbia. Todos estos nombres son solo algunos ejemplos. Al finalizar la guerra, se estima que aproximadamente cien mil mujeres británicas habían tomado parte en la acción directa, bien como voluntarias civiles, como enfermeras o en unidades militares.

DESDE AQUELLA ORILLA: GUERRERAS ESTADOUNIDENSES

Para la propaganda, el principal trabajo bélico de las mujeres seguiría siendo el de ayudar a quienes regresaban del frente a adaptarse a las condiciones de la paz a causa de los violentos traumas físicos y psíquicos sufridos en la guerra, así como a hacer frente ellas solas a una vida sin hombres. Pero muchas jóvenes de los Estados Unidos, unas trece mil, quisieron sumarse al esfuerzo de Guerra en 1917 vistiendo el uniforme del ejército nacional (Breuer, 1997; Friedl, 1996; Lewis, 1999; Skaine, 1999). Algunas conocían ya el entorno militar, pues habían servido en el Cuerpo de Guarda Costas del país. Pese a ello, técnicamente no fueron alistadas como los jóvenes varones, sino bajo la condición de contratadas y en calidad de voluntarias. Como fuere, la mayoría de ellas quedó vinculada a las funciones militares más alejadas del combate: administrativas, avituallamiento, enfermería (Feller y Moore, 1995), etc. Hubo organizaciones como la

Cruz Roja (Hallet, 2014), el Ejército de Salvación y la YMCA que enviaron directamente a sus mujeres a Europa, a ayudar al ejército de hombres y a las poblaciones civiles europeas afectadas por los combates. En el caso de las voluntarias, las VAD o *Voluntary Aid Detachements*, se concitan todos los mitos referidos a la función de las enfermeras de guerra: el romanticismo, el heroísmo. Hablamos de unas seis mil mujeres en la Cruz Roja, y de cerca de cuatro mil en la YMCA (Figura 9).



Figura 9. Voluntaria del YMCA, en París.

Las estadounidenses se emplearon a fondo por lo tanto en el teatro de operaciones europeo desde 1914, como enfermeras -Borden y La Motte-, periodistas y en trabajos asistenciales varios -Elizabeth S. Sergeant, Edith Wharton y Mildred Aldrich- o directamente dentro de los cuerpos de ejército que entraron en combate. Es preciso contextualizar este movimiento pues en Estados Unidos existía en aquella época un nutrido número de mujeres profesionales, véanse médicos, traductoras,

mecanógrafas, periodistas, farmacéuticas, que se enrolaron directamente, al igual que sus colegas varones, asumiendo su obligación para con los intereses de la nación de acuerdo a lo que dictase la Administración estadounidense. Las que se apuntaban directamente al servicio en el ejército eran las *Yeomanettes* o *Yeomates* que, al llevar a cabo trabajos de oficina para la Marina, pasaban a ser denominadas *Marinettes*, incluso si, como sucedía, las leyes navales seguían impidiendo a las mujeres enrolarse en barcos militares.

Estados Unidos ya tenía un Ejército y un Cuerpo de Enfermeras en 1908 y el Presidente Wilson hizo públicos trece mil puestos para mujeres que quisiesen alistarse en el Cuerpo de Marines y en la Navy, con idéntico status que los hombre y uniformadas, como veremos. Si bien sabemos de esta participación, en la actualidad se desconoce el número de mujeres americanas -o de otras nacionalidades- heridas en las batallas y en el frente en general. Y tampoco hay información contrastada de la naturaleza o el grado de sus heridas. Sí se sabe que en total participaron en la guerra unas treinta y cuatro mil jóvenes estadounidenses. Solo los testimonios particulares de algunas de ellas -al hilo por ejemplo de largas hospitalizaciones- dan fe del peligro que afrontaban en la guerra. Sin ser soldados, a las doctoras y enfermeras en el frente se les quemaban los pulmones por los gases, al igual que a los jóvenes que luchaban o los que trabajaban en la intendencia, lo que en el caso de los varones sería reconocido a efectos de pensiones. No así el de ellas. Muchas mujeres resultaban incapacitadas de por vida, sin compensación de ningún tipo.

Consideradas las primeras mujeres combatientes de la Primera Guerra Mundial, cientos de ellas llegaron a Gran Bretaña y Francia como parte del Cuerpo de Señales de la Armada, como telefonistas de la fuerza Expedicionaria Americana. Fueron las *Hello Girls* (Figura 10).



Figura 10. Grupo de Hello Girls.

Se encargaban fundamentalmente de comunicar a las tropas del General Pershing con las de los otros aliados en Francia. Las mujeres alistadas voluntarias fueron unas setecientas jóvenes que trabajaban en la Compañía Telefónica Bell. Algunas de estas mujeres procedían de la frontera con Canadá, por lo que resultaban fundamentales en el servicio. Entre las más conocidas, los nombres de Grace Banker (instructora en AT&T), Oleda Christides -años más tarde retratada por su hija con el uniforme de las Hello Girls (Figura 11) y Merle Egan Anderson. Habían recibido entrenamiento militar en Nueva York, Chicago, San Francisco, Philadelphia, Hershey, y Lancaster, Pennsylvania, y en Atlantic City, New Jersey, además de una graduación relativa a conocimientos específicos como radio operadoras.



Figura 11. La Hello Girl Oleda Christides retratada por su hija.

El uniforme fue en principio azul, propio de la Marina, y más tarde verde oliva. La jóvenes se vestían con sombreros de campaña y llevaban insignias y galones en el uniforme, pues, como el resto de los componentes de la marina, promocionaban en sus puestos. En el número de la revista *Barras y Estrellas*, "*Stars and Stripes*", de 29 de marzo de 1918, se hacía referencia a los rasgos identificativos de este cuerpo de *Hello Girls*. Tras la guerra, y pese a que las *Yeomates* sí obtuvieron status de veteranas, se privó a las *Hello*

Girls de dicho status. En aquel momento vivían aún setenta de ellas. Finalmente, las supervivientes o sus descendientes consiguieron el status demandado en 1976, a los sesenta años del armisticio.

Su función en el frente había sido esencial para la victoria. El trabajo de estas tele operadoras permitía la conexión directa de las tropas con el General al Mando. Pershing había solicitado específicamente que fuesen mujeres quienes se ocupasen del trabajo, alejando que eran mucho más pacientes, esforzadas, trabajadoras y fiables

que los hombres para una tarea tan crucial. En el día a día, se sometían a los mismos protocolos, disciplina, y normas que los soldados estadounidenses, incluida la revista militar (Figura 12).



Figura 12. El General Pershing pasa revista a las Hello Girls, 1917.

Las *Hello Girls* recibían igual salario o paga que los soldados de su misma posición en el ejército. Así las operadoras ganaban 60 \$ mensuales y las operadoras jefe 125 \$. Pero cada recluta tenía que aportar entre 300 y 500\$ por sus uniformes, incluidos una especie de pantalones bombachos debajo de la falda. Habían llegado a Francia muy avanzada la guerra, en marzo de 1918. Era un pequeño contingente, de treinta y tres jóvenes que, como las que siguieron llegando, fueron enviadas a diferentes puntos del país y trasladadas a diversos escenarios durante la guerra. Un grupo de seis operadoras (Esther Fresnel, Helen Hill, Berthe Hunt, Marie Large y Suzanne Prevot), supervisadas por la Operadora en Jefe, Grace Banker, fue destinado al frente y asignado a los cuarteles del Primer Ejército Americano (Figura 13).



Figura 13. Operadoras de teléfono del US Army Signal Telephone Corps o Hello Girls, en Tours, Francia.

En septiembre de aquel año las *Hello Girls* tomaron parte de la Batalla de St. Mihiel. Durante la semana que duró la batalla ellas mantuvieron las comunicaciones con ocho líneas abiertas. A finales de septiembre volvió a reasignarse a las seis operadoras a la nueva ofensiva, esta vez al noroeste de Verdun. Como los soldados, se refugiaban en barracones que resultaban incendiados durante los bombardeos. Estas mujeres, pese a la modernidad de sus ciudades de procedencia, soportaron sin embargo una enorme presión de los medios nacionales contrarios a su actividad en la

guerra, si bien por otra parte, el gobierno americano impulsó su incorporación al frente para poder desplazar al personal de oficina y sanidad masculino a la batalla. Pese al miedo y penurias sufridas, la mayoría de las jóvenes se quedó trabajando en Francia largo tiempo después del Armisticio (Figura 14).



Figura 14. Hello Girls, Conferencia de Paz de París. Hotel Crillon, 1919.

También en Francia, la escritora -auto exiliada- Edith Wharton, realizó trabajo de guerra apoyada por la Cruz Roja en los hospitales militares del frente occidental y directamente en los campos de batalla como Verdun, con las bendiciones del General Joffre. Wharton fundaría una institución para refugiados que le valió la condecoración de Caballero de la Legión de Honor francesa en 1916. Algo similar a lo que le sucedió a Mary Borden, conocida estadounidense adinerada que vivía en Inglaterra cuando estalló la guerra y cuya energía se encauzó a la creación de un hospital móvil de guerra para heridos del frente occidental tras Ypres o el Somme. En 1929 Mary Borden publicó una novela que causó gran impacto: *The Forbidden Zone* (La Zona Prohibida), en la que expresaba sus experiencias en la guerra. Por su parte, Ellen La Motte era una enfermera profesional empleada por Borden que también utilizó la escritura para mostrar sus experiencias en la Guerra. Su libro, *The Backwash of War: The Human Wreckage of the Battlefield as Witnessed by an American Hospital Nurse* (1934), relata su vida en la primera línea del frente de Bélgica.

Pero no conviene olvidarnos de las mujeres negras estadounidenses, cuyas actividades patrióticas -no menos intensas que las de las blancas- fortalecieron el particular Home Front de las tropas de color, pese a las indignidades sufridas por la aplicación de las leyes estatales discriminatorias de *Jim Crow*. Ellas crearon clubes y asociaciones de mujeres negras: *National Association of Colored Women (NACW)*, cuya finalidad era dar soporte anímico a las tropas -*Soldier's Comfort Units*- además de ocuparse de tareas más prácticas relativas a los suministros que necesitaban los jóvenes soldados negros. En Washington D.C. ayudarían al mantenimiento del 372 Regimiento de Infantería del Ejército por ejemplo y, al igual que el resto de mujeres, también las afroamericanas se unirían al YMCA y a la Cruz Roja americana, estableciendo sus propios grupos dentro de ellas, véase por ejemplo la *Women's Auxiliary of the New York 15th National Guard*, una especie de guardia

encargada de atender las necesidades específicas de los soldados negros de la Unidad de Infantería nº 367. Para estas mujeres la guerra supuso una toma de conciencia de algunos aspectos ligados no ya a los derechos civiles en general sino a los de las mujeres en particular, de modo que, al tener en sus manos una labor pública, se incrementó el activismo político entre ellas, en solicitud por ejemplo de mejoras salariales o condiciones equiparables a las de los varones (Brown, 2007): las lavanderas de los estados del Sur se organizaron en asociaciones que promovieron huelgas en demanda de un mejor trato por parte de sus empleadores blancos.

EL CONTINENTE EN LA RETAGUARDIA: FRANCIA Y ALEMANIA

Comparativamente, las mujeres de otros países occidentales en guerra estuvieron mucho más limitadas en su actividad. Aunque en Francia y Bélgica se vieron rápidamente inmersas en la primera línea del combate pues la guerra comenzó en estos países, una enorme confusión las hizo quedar en un lugar poco definido y socialmente muy expuesto. Sus casas, sus hogares entraron en guerra de la noche a la mañana, bajo la dominación de tropas enemigas en muchos casos. Su adaptación a la nueva situación llevó a algunas mujeres a ejercer actividades socialmente recriminadas como la prostitución, y muchas fueron tomadas por prostitutas sin serlo en realidad. Es obvio sin embargo que también ellas se ocuparon de poner en marcha aquellos mecanismos productivos que se les demandaba en relación a la guerra. Las mujeres francesas trabajarían en actividades productivas de primera necesidad, de lo que da prueba el reguero de huelgas que protagonizaron para exigir la dignificación laboral de su trabajo. El 29 de junio de 1916 se produjo una primera huelga de mujeres francesas que trabajan en las fábricas de municiones, que no sería aislada, pues las huelgas se repetirán en los meses y años siguientes, aún en 1917, siendo París una ciudad duramente afectada por los conflictos. En 1917 se autorizó la incorporación de mujeres en los servicios de policía, algo sin duda muy inusual y fruto de la necesidad imperiosa de personal para cubrir estos puestos. Las francesas que trabajaban en las fábricas fueron desmovilizadas en 1918, y nunca lograron vestir uniforme militar.

Tampoco los alemanes llegarían a entender que sus mujeres podían aportar al esfuerzo de guerra algo más que cuidados compasivos a los enfermos. Los alemanes llegaron a luchar en dos frentes a la vez por lo que necesitaban más soldados, a pesar de lo cual imperó el criterio de que las mujeres no podían implicarse directamente en la guerra. En la mentalidad prusiana y de los terratenientes de la época, la guerra era una tarea exclusivamente varonil. A las jóvenes alemanas se les permitió llevar a cabo actividades relacionadas con la guerra, si bien en aspectos de la vida estrictamente civiles, no como soldados. No fueron uniformadas, y tampoco se les permitió llevar armas, de modo que nunca se les reconocería ningún estatus de combatiente (Tuten, 1982). Piénsese que Alemania admitió a la primera mujer como miembro de la Bundeswehr en 1975. Aunque Hindenburg opinaba que las mujeres debían al menos participar en las actividades ligadas a la producción industrial, sin embargo el Reichstag se opuso y ratificó una ley

sobre actividad en las industrias solo para varones de entre diecisiete y sesenta años. Si fueron creados no obstante, ya al final de la guerra y por necesidades imperiosas, los Centros de Trabajo de Mujeres (*Frauenarbeitstellen*), dedicados a la actividad en el sector armamentístico, donde llegaron a trabajar unas 700.000 mujeres.

Pero en la primavera de 1917 el Estado Mayor Alemán hubo de tomar lo que para él era una medida drástica: solicitar de las mujeres que aceptaran trabajos pagados en las zonas de retaguardia con el fin de que los hombres pudieran luchar en el frente. Con ello nacería un Programa de Mujeres Auxiliares en la Retaguardia, que contó con cientos de voluntarias provenientes de la clase trabajadora y que eran empleadas en labores diversas, por ejemplo el cuidado y mantenimiento de los depósitos de armas, hospitales veterinarios, y hasta en servicios espirituales para la tropa. Las enfermeras alemanas -unas cien mil, entre las de la Cruz Roja y diversas organizaciones religiosas- seguían siendo civiles, a diferencia de otros países en las que se las había militarizado (Figura 15).

En los momentos finales de la guerra, las mujeres



Figura 15. Enfermeras alemanas 1914.

de Alemania (Hämmerle *et al.*, 2014), aproximadamente quinientas, también tomaron parte en el servicio de telecomunicaciones, en sustitución de los especialistas, que se necesitaban ahora en el frente. En el caso de Alemania, hubo mujeres que, como Clara Zetkin, expresaron, incluso alejadas formalmente del campo de batalla, su implicación en los asuntos públicos, y salieron a la calle para hacer política activa durante la guerra (Elshtain y Tobias, 1990: 150).

CONCLUSIÓN

Las mujeres que tomaron parte activa en la guerra lo hicieron en cierto modo impulsadas por el avance de la democratización operado en los primeros años del siglo XX en el mundo Occidental. Es posible que el varonil código del honor que justificaba el jingoísmo de las naciones se democratizase igualmente, afectando ahora no solo a las clases dirigentes sino también a los obreros y a las mujeres, en cuya mano estaba defender aquello que garantizaba la hegemonía de los países, uno de cuyos efectos estaba siendo ciertamente el avance de los sistemas democráticos. En el otoño de 1914 nadie quería ver a su país humillado, como si la humillación fuese el peor de los males posibles. Pero el código de honor de cuyo origen ni las mujeres ni los obreros

tenían la menor responsabilidad dejaría pronto de constituir una razón convincente para sufrir los males de la guerra de modo que, incluso los perdedores, preferían la humillación a la muerte o las privaciones. Pronto las banderas y las escarapelas con los colores de la patria se convirtieron en símbolos de una decisión errónea, de un coste excesivo en relación a los beneficios que proporcionaría no ser humillado por una potencia rival. Para las mujeres, la guerra fue doblemente costosa, pues afrontaron retos desconocidos durante la guerra y en la posguerra fueron castigadas con la privación de sus hombres que, para muchas de ellas, habían muerto. Algún beneficio quedó no obstante de todo aquello para las mujeres: la oportunidad de exponerse públicamente bajo condiciones adversas demostrando que tenían plena capacidad para afrontar las responsabilidades propias de los sujetos civiles.

Después de un intenso año de recordatorio y conmemoraciones relativas a los cien años desde que estallara la Primera Guerra Mundial, podemos hacer balance en el sentido de constatar el creciente interés de los estudios -de historiadores, sociólogos, periodistas- sobre el papel de las mujeres durante la guerra -también en sus prolegómenos y tras ella. Resulta cuando menos llamativo comprobar el ingente número de publicaciones -especialmente las anglosajonas y francesas- al respecto, así como la variedad de los matices que, en todas ellas, comienzan a tenerse en cuenta. No se trata ahora ya de determinar "la" participación de las mujeres en la guerra (esto quedó hace tiempo suficientemente probado), sino aspectos tan precisos como su eficacia real o la dimensión de su actividad en relación con el esfuerzo bélico nacional o en la reestructuración de las sociedades en guerra.

El amplio capítulo de las causas de la guerra, de su cierre en falso con la paz, la cuestión de los irredentismos o de las revoluciones sociales dentro de las naciones en guerra, que fueron temas centrales en las historiografías de la segunda mitad del siglo XX, se cumplimenta hoy -aprovechando la conmemoración del inicio de la Primera Guerra Mundial- con este de la incorporación de las mujeres occidentales a los episodios centrales de la construcción y la crisis de las naciones en guerra. También se suma -la historia de las mujeres en la guerra-, a los discursos a propósito del dibujo del perfil internacional de la sociedad mundial de comienzos del siglo XX. No solo como sujetos pasivos de la acción, sino como actores principales, las mujeres que lucharon durante la Primera Guerra Mundial en los diversos frentes de guerra activaron también muchos de los resortes que darían lugar a la Sociedad Internacional contemporánea tal como hoy la conocemos: en sus aspectos cooperativos, para la paz y el bienestar de las sociedades, pero también en el ámbito de la responsabilidad de protección social, mediante su incorporación a las tareas de la defensa.

REFERENCIAS

- Adie, Kate. 2013. *Fighting on the Home Front. Legacy of Women in World War One*. Londres: Hodder and Stoughton.
- Bostridge, Mark. 2014. *Vera Brittain and the First World War: The Story of Testament of Youth*. Londres: Bloomsbury.
- Breuer, William B. 1997. *War and American Women, Heroism, Deeds, and Controversy*. Westport: Greenwood Publishing Group, Inc.
- Brown, Nikki. 2007. *Private Politics and Public Voices: Black Women's Activism from World War I to the New Deal*. Bloomington: Indiana Univ. Press.
- Burke, Joanna. 2000. *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth Century History*. Londres: Granta Books.
- Clark, Christopher. 2012. *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*. Londres: Penguin Books.
- Dunant, A. 1988. La evolución del ideal de la paz en el pensamiento de Henry Dunant. En Durand, Roger (ed.) *De l'utopie à la réalité*, 353-395. Ginebra: Sociedad Henry Dunant.
- Elshtain, Jean Bethke y Tobias, Sheila (eds). 1990. *Women, Militarism, and War: Essays in History, Politics, and Social Theory*. Maryland: Rowman & Littlefield.
- Feller, Carolyn M. y Moore, Constance J. 1995. *Highlights in the History of the Army Nurse Corps U.S.* Washington: Army Center of Military History.
- Friedl, Vicki L. 1996. *Women in the United States Military, 1901-1995*. Westport: Greenwood Press.
- Goldman, Nancy Loring (ed). 1982. *Female Soldiers - Combatants or Noncombatants? Historical and Contemporary Perspectives*. Westport: Greenwood Publishing Group.
- Grayzel, Susan R. 1997. Mothers, Mairaines, and Prostitutes: Morale and Morality in First World War France. *The International History Review*, 19(1): 66-82.
- Grayzel, Susan R. 1999. *Women's Identities at War: Gender, Motherhood, and Politics in Britain and France during the First World War*. Londres: University of North Carolina Press.
- Hallett, Christine E. 2014. *Allied Nurses of the First World War*. Londres: Oxford University Press.
- Hämmerle, Christa; Überegger, O. y Bader-Zaar, B. (eds). 2014. *Gender and the First World War*. Londres: Palgrave McMillan.
- Harrison, M. 1995. The British Army and the Problem of Venereal Disease in France and Egypt during the First World War. *Medical History*, 39: 133-158.
- Hastings, Max. 2013. *1914, El año de la Castástrofe*. Barcelona: Crítica.
- Hugué, Montserrat. 2015. Las agitadoras del pacifismo: pioneras en torno a la Primera Guerra Mundial. *Tiempo de Paz*, 118: 17-25.
- Pipes, Richard. A (ed.). 1995. *Concise History of the Russian Revolution*. Nueva York: Y, Alfred A. Knopf, Inc.
- Law, C. 1997. *Suffrage and Power: The Women's Movement, 1918-1928*. Londres: I. B. Tauris.
- Levine, Don y Bochkareva, María. 1919. *Yashka - My Life as a Peasant, Officer and Exile*. Nueva York: Frederick A. Stokes Co.
- Lewis, Vickie. 1999. *A Photographic History of American Women in War*. Nueva York: Stewart, Tabori and Chang.
- MacMillan, Margaret. 2013. *The War that ended Peace*. Nueva York: Random House Mondadori.
- McMeekin, Sean. 2011. *The Russian Origins of the First World War*. Londres: Barnes & Noble.
- McMeekin, Sean. 2013. *July 1914. Countdown to war*. Londres: Icon.

- Miller, Louise. 2012. *A Fine Brother: The Life of Captain Flora Sandes*. Londres: Alma Books.
- Ouditt, Sharon. 1994. *Fighting Forces, Writing Women: Identity and Ideology in the First World War*. Londres: Routledge.
- Posner, Michael. 1917. The Battalion of Death. *The Touchstone*, 1(5): 431.
- Roth, Joseph. 2009. *Fuga sin fin*, (1927). Barcelona: Acantilado.
- Scott, Peggy. 1917. Changings their work. From a Woman to Women. *Daily Mail*, 07/04/1917.
- Shepherd, William. 1918. The Soul That Stirs in Battalions of Death. *The Delineator*, 92(3): 5.
- Skaine, Rosemarie. 1999. *Women at War: Gender Issues of Americans in Combat*. Jeffersonville: McFarland and Company, Inc.
- Souhami, Diana. 2010. *Edith Cavell*. Londres: Quercus.
- Sowers, Susan. 2003. *Women Combatants in World War I. A Russian Case Study*. Carlisle Barracks, Pennsylvania: U.S. Army War College.
- Tuten, Jeff. 1982. *The Utilization of Women in Combat: The Germans Past Practice, Perspective, and Prospects*. Chicago: University of Chicago, Inter-University Seminar on the Armed Forces and Society.